

## AGENDA CIUDADANA

### CUANDO EL PRESENTE SEA JUZGADO

Lorenzo Meyer

**El Espíritu de la Época.**- Cuando el presente político mexicano se torne pasado definitivo y ocupe su sitio dentro de la historia larga, no contará con los elementos para reclamar un sitio de honor. Cuando el presente se torne finalmente pasado, la forma de gobernar no despertará en la memoria colectiva el sentimiento de admiración, respeto o gratitud que suele guardarse para aquellos que supieron cumplir con su responsabilidad de ejercer el poder a la altura de las circunstancias.

Desde esta perspectiva, lo que ha tenido lugar en el México del último medio siglo en relación al valor cívico, la probidad, la inteligencia, la justicia, la generosidad y la congruencia en el ejercicio del poder, tendrá muy poco que ofrecer frente a otras épocas de nuestra vida nacional o frente a otras sociedades de la misma época. En relación al ejercicio del poder, al México político que hemos vivido y estamos viviendo, se le juzgará como un período en donde los que más debieron y estuvieron en capacidad de hacer, fueron justamente los que menos hicieron, los que menos honraron sus obligaciones legales y morales, los que menos se esforzaron por dar forma a un país del que sus contemporáneos o sus descendientes pudieran sentirse orgullosos. La mediocridad moral y la defensa de los privilegios personales y de grupo, llevaron sistemáticamente a quienes ocuparon los altos cargos públicos de la época, a anteponer sus intereses sobre lo que ellos mismos definieron como el interés nacional.

La vocación por la grandeza, la pasión por trascender, el propósito de superar con voluntad e imaginación los límites impuestos por las circunstancias, no fueron ni son hoy, el sentimiento que ha animado al ejercicio del poder en la segunda mitad del

siglo XX. Los responsables de dirigir la vida de la república en este período no corrieron el riesgo que implica intentar elevarse por sobre el horizonte del mínimo común denominador para poder dejar las huellas que registra la historia de manera positiva. En realidad, lo que desde el poder empuja con más vigor el proceso político mexicano actual, es una combinación de inercias y de defensa de las ventajas adquiridas. La naturaleza de este proceso se modifica únicamente como consecuencia de los esfuerzos de la oposición –la partidista y que se desarrolla por la vía de las movilizaciones sociales--, que deben invertir una energía desproporcionada y correr riesgos para lograr que el enorme aparato de los intereses creados les ceda de vez en cuando una pequeña parcela de su terreno.

**Un Gobernador muy Representativo.**- Representativo del espíritu del poder sin grandeza de la época, fue el reciente y vergonzoso espectáculo que protagonizó en los corredores de la sede del poder legislativo el gobernador de Tabasco, Roberto Madrazo. Como se recordará, el personaje de la elección que costó el equivalente a 70 millones de dólares en el 94, secundado por el líder del grupo priísta en la Cámara de Diputados, Arturo Nuñez, y arropado por medio centenar de vociferantes seguidores, entre gritos y burlas propias de la cultura de la carpa, buscó al diputado Santiago Creel para reclamarle que, en el momento justo y con la fórmula adecuada, el panista hubiera logrado que la subcomisión de régimen interno de la Cámara de Diputados diera entrada a la solicitud de juicio político al propio Madrazo y al gobernador de Yucatán, Víctor Cervera. En efecto, Creel había conseguido que los diputados dieran el paso inicial para juzgar, al más alto nivel de la representación popular, la conducta de dos de las más conspicuas encarnaciones del espíritu de la élite política que ha

dominado al México de la postrevolución, y eso despertó la furia de quienes consideran al poder su patrimonio.

Desde ahora se sabe que el Senado, donde aún domina el PRI, será un muro infranqueable para los que buscan el juicio de Madrazo y Cervera. Pese a ello, no hay que minimizar el esfuerzo de Santiago Creel y los seis diputados que le apoyaron por lograr lo que hasta hoy había sido imposible: abrir la posibilidad de llamar a cuentas a los gobernantes. El que se haya logrado que formalmente se echara a andar un procedimiento en el Congreso contra un par de gobernadores que, en su momento y pese las fundadas sospechas de haber llegado al puesto mediante el fraude, recibieron el respaldo público y entusiasta del presidente Ernesto Zedillo, es visto por el PRI como un peligro mayúsculo. En efecto, una clase política que por decenios y gracias a la existencia de un partido de Estado se ha acostumbrado a hacer un uso exclusivo del poder, ahora se siente disminuida, humillada y acosada por una oposición antes inexistente, y da muestra de estar dispuesta a una especie de defensa antinumantina – hasta el final pero sin causa justa--, de “su derecho histórico” a no rendir cuenta ante nadie. Los que apoyan a Madrazo, a Cervera y a otros gobernadores en circunstancias similares, saben bien que si desde fuera alguien abra un orificio en el muro del viejo dique de la impunidad, entonces lo por tanto años contenido –el llamado a cuentas-- se podría desbordar sobre el sistema en su conjunto.

Finalmente es una mezcla de miedo, rabia y prepotencia lo que explica la conducta de Madrazo en el Congreso: tomar por asalto el recinto de los legisladores para insultar a un adversario a quien previamente se ha amenazado por carta y al que su partido ha dejado casi solo. Tal conducta no es sino expresión de la naturaleza del

tipo de proceso político vigente. La vulgaridad y la altanería de los gobernantes mexicanos y del aparato que les rodea, no es sino una cara del sistema que han creado y que les ha creado; la otra es la corrupción, el fraude, la trampa, la ineficiencia y, finalmente, la violencia.

**La Capacidad de Creer y de Crear.-** En toda sociedad e incluso en sus momentos más negros, se pueden encontrar a individuos o grupos que están desarrollando esfuerzos que van más allá de lo que es su obligación en sentido estricto y que muestran su vocación por superar la grisura de su época. La capacidad de creer y de crear es universal, pero en circunstancias como las de México, esa vocación de los humanos puede hacerse muy difícil ante los grandes obstáculos institucionales y culturales.

Si finalmente la historia llegase a rescatar algo positivo de nuestra época en materia política, eso no saldría de lo hecho desde y por el gobierno y el poder en general, sino de su némesis, de las oposiciones. Para empezar está la oposición partidista, esa que se aglutinó, por ejemplo, alrededor del Partido Comunista Mexicano (PCM); pese a lo chato de la ideología del PCM, a lo estrecho de la mentalidad de muchos de sus miembros, a su servilismo ante los soviéticos y a sus incesantes pugnas internas, ese partido siempre le recordó a la revolución y a sus herederos la distancia que mediaba entre lo dicho y lo hecho en materia social y pagó el costo por ello. Pese a la indiferencia de la mayoría, el PAN de Gómez Morín —partido de católicos de clase media a veces con simpatías por Franco y alejado de la realidad de las clases populares—, mantuvo por decenios su voluntad de creer y crear conciencia democrática. La oposición de reciente andar —el PRD—, no tuvo que caminar décadas

por el desierto y muchos de sus miembros disfrutaron por largo tiempo las mieles del poder que hoy combaten, pero con su resistencia a la intensidad del castigo al que le sometieron los señores del poder desde su nacimiento, dio prueba de su voluntad de creer y permanecer. Fue, sin embargo, en la oposición no electoral donde con mayor dramatismo se mostró en esta época poco memorable la decisión de enfrentar al mundo injusto y sin grandeza del autoritarismo. Ejemplo de lo anterior fueron los mineros de Santa Rosita, los ferrocarrileros y maestros después, luego los médicos en los sesenta, los electricistas. La voluntad y sacrificio de los guerrilleros rurales y urbanos –de Ciudad Madera a las montañas de Guerrero– también debe entrar en lo históricamente rescatable. La rebelión de las cañadas chiapanecas iniciada en 1994 es un capítulo que aún se está escribiendo, pero las razones de su acción son muchas y evidentes.

Las movilizaciones masivas organizadas al margen y contra los aparatos corporativos del partido de Estado –CNC, CTM, CNOP— fueron sistemáticamente desalentadas por el gobierno; por ello, cuando pese a todo ocurrieron, mostraron el esfuerzo notable de una sociedad tradicionalmente aletargada por creer en sus propias capacidades y sacudirse ataduras muy añejas. Eso fue lo que sucedió, por ejemplo, en el caso del navismo en San Luis Potosí, de los estudiantes del 68 y 71, y en los ochenta de las movilizaciones electorales de Chihuahua, de las que se produjeron en el Distrito Federal a raíz del sismo del 85 o de la “insurrección electoral nacional” del 88. También entran en esta categoría las movilizaciones indígenas de Chiapas de los ochenta al presente.

**El Marco de Referencia.**- El juicio que haga el futuro sobre el presente cuando lo vea como pasado, tendrá como marco obligado la vida pública del México independiente. Ese marco está formado por el esfuerzo hecho por los que pusieron fin al colonialismo para poder así elevar a la Nueva España a la condición de nación por derecho propio. Tras el muy doloroso y trágico nacimiento de esa nación, como imperio primero y república después, la acción política de una multitud de oportunistas, se ofrece como contrapunto a la energía, imaginación y voluntad de quienes entonces se empeñaron a fondo por dar forma a un México moderno y digno a pesar de las fuerzas externas en contra y de una materia prima social que parecía refractaria a la vida ciudadana. “Parecían gigantes” dijo Daniel Cosío Villegas de los hombres de la Reforma. Cometieron grandes errores, pero grandes también fueron sus esfuerzos, y es en el intento donde está su grandeza.

Desde la perspectiva que da el fin del siglo en que se inició, resulta que la Revolución Mexicana se salva del autoritarismo y corrupción en que finalmente devino, por la generosidad e imaginación iniciales para hacer justicia histórica a los, por siglos, explotados, humillados e ignorados. Fue una revolución con una ideología muy simple pero por lo mismo comprensible para todos; una revolución que si bien cobró millares de vidas, nunca cayó en la tentación de abrir campos de concentración en defensa de la ortodoxia, entre otras cosas porque nunca la tuvo.

La postrevolución —el período que se abre en 1940— vivió de administrar la energía generada en el período anterior. Sus líderes ya no tuvieron la capacidad o el deseo de dar vida a una visión propia del mundo, al menos no antes del arribo de Carlos Salinas y los suyos al poder en 1988. Fue con Salinas cuando surgió, por fin,

una alternativa al mito de la Revolución Mexicana: la propuesta de modernizar la economía y liberar energías por la vía del mercado nacional e internacional y del desmantelamiento del Estado interventor. Sin embargo, a esa idea —que no era propia sino una adaptación de la angloamericana— le faltó un ingrediente esencial para poder trascender: la generosidad auténtica y el compromiso real con la grandeza, compromiso que si existió en otros momentos del pasado mexicano. Al final de cuentas, los resultados de esa modernización fueron, junto al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, las cuentas de millones de dólares en Suiza de Raúl Salinas, la penetración de las mafias criminales en los aparatos del Estado, la elevación de la deuda externa a niveles históricos, el tránsito del ejército de las márgenes de la política al centro mismo del escenario... o el triste espectáculo de Roberto Madrazo en la Cámara de Diputados.

Por la salud de la nación, es necesario convertir cuanto antes este presente mediocre en pasado y abrir un nuevo capítulo en nuestro proceso histórico. Idealmente, esta nueva etapa debería ser una que pretendiera volver a estar a la altura de lo mejor que tuvimos antes; una donde el poder retorne a la imaginación, la generosidad, el valor civil y el sentido de la justicia. Es mucho pedir, pero no se puede pedir menos.